

¡UN VIAJE MUY MOVIDITO!



EN LA
CIUDAD
SEX **EDUCATION**

KATY BIRCHALL

«¡Sí!», gritó Eric muy excitado, deslizándose en el asiento trasero. «¡UN VIAJE EN COCHE!».

Otis hizo una mueca y Maeve le lanzó una mirada letal antes de ocupar el asiento del copiloto y cerrar de un portazo. Aimee giró la llave de contacto y el coche arrancó...

Sean se ha codeado con un grupo de niños ricos que van de fiesta en fiesta y que ahora lo acusan de haber cometido un delito. Las pruebas contra él son concluyentes, y Maeve, su hermana, sabe que debe acudir en su ayuda, aunque suponga dejarlo todo y viajar a la ciudad. Con Otis a su lado, un inusual gurú adolescente del sexo, su fiel amiga Aimee al volante, y Eric, que también se ha apuntado al viaje, Maeve no se embarcará sola en esta misión. ¿Conseguirán desenredar la maraña de miedos secretos, amores escondidos y oscuros motivos hasta descubrir la verdad?

Un libro con todos los elementos que los fans adoran de la serie: sus personajes favoritos retratados con gran profundidad emocional, una sinceridad sin tapujos sobre las relaciones entre adolescentes, humor y una nueva y gran historia, además de un apasionante relato para descubrir al culpable.

UNO

Maeve cerró el libro y suspiró.

Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y entornó los ojos ante el rayo de sol que se filtraba a través de un agujero por las cortinas de la caravana. Alzó la mano derecha para morderse la uña del pulgar, mientras con la izquierda tamborileaba impaciente sobre la cubierta del libro.

Había leído *Jane Eyre* varias veces, pero ese fragmento en concreto la sacaba de quicio. Odiaba al primo de Jane, John Reed, y cada vez que llegaba a la parte en la que él aparecía, le resultaba más cabrón. Siempre acosando a Jane solo porque él lo tenía todo y ella no tenía nada ni a nadie.

–Capullo arrogante –espetó en voz alta en la vacía habitación.

Dejó de morderse la uña y posó las manos sobre su estómago, alzando la vista al techo. Podía percibir una débil música proveniente de la caravana un poco más abajo de la suya, y a gente a lo lejos charlando y riendo. Sintió un pellizco de soledad.

–Esto es lo que sacas por leer a las Brontë. –Se dijo a sí misma, pasándose una mano por el pelo e incorporándose para sentarse derecha.

Dejó el libro a un lado, y entonces descubrió su paquete de cigarrillos asomando por debajo del bolso pegado a su costado y alargó el brazo para coger uno, a la vez que atrapaba el mechero de la mesa. Tomó impulso para levantarse del sofá y se dirigió a la puerta, abriéndola de golpe y saliendo a la luz del sol.

–Buenos días, guapa.

Maeve alzó la vista de su cigarrillo encendido y vio a Cynthia, la dueña del parque de caravanas, que tendía la colada y le sonreía.

–Hola, Cynthia –contestó, soltando el humo y cruzando los brazos sobre el pecho.

–Un día precioso –musitó Cynthia, y puso una pinza en una falda vaquera que era exactamente igual a la que llevaba puesta–. ¿Estás bien? ¿Alguna cosa agradable entre manos?

–Solo un poco de lectura.

–Ah, qué suerte. ¿Algo bueno?

–*Jane Eyre*.

–Creo que lo he leído. –Cynthia puso cara pensativa durante un momento–. ¿Es la del moscón ese que le hace la vida imposible?

Antes de que Maeve pudiera contestar, la puerta de la caravana de Cynthia se abrió de golpe, y su marido, Jeffrey, apareció en el umbral vistiendo un chaleco sin mangas de un blanco desvaído, una cinta color verde fluorescente en la frente y unos apretados pantaloncitos de gimnasia. Apoyó las manos en las caderas e inhaló profundamente. Maeve intentó, sin éxito, ocultar una risita.

–¿Qué estás haciendo, Jeffrey? –preguntó Cynthia, arrugando la nariz con desaprobación.

–Zumba –resopló él, chasqueando el cuello mientras movía la cabeza de un lado a otro–. Pensé en practicarlo aquí fuera, donde hay más espacio para moverse.

–¿Desde cuándo practicas tú zumba?

–Desde hoy. Pienso ponerme con ello –contestó, estirando el brazo para subir el volumen de la música pop que sonaba en la radio del interior de la caravana.

Bajo la escrutadora mirada de su mujer, plantó los pies en el suelo de hierba, comprobó que la cinta de su cabeza estuviera en la posición correcta y luego lanzó un veloz brazo hacia delante.

–Solo estoy calentando –informó a Maeve.

–Genial –comentó ella, procurando no mirar.

Cynthia sacudió la cabeza, observándolo con desaprobación.

–Pareces un idiota, Jeffrey.

–Una vez quedé segundo en una competición de baile latino –aseguró el hombre, ignorándola. Se tropezó levemente al tratar de recuperar la postura, antes de empezar a girar las caderas en círculo con gran entusiasmo–. Me dijeron que tenía mucho potencial.

–¿Quién te lo dijo? ¿Tu abuela? –murmuró Cynthia.

Divertida, Maeve dio una última calada, mientras Jeffrey ejecutaba pasos laterales a uno y otro lado, totalmente fuera de ritmo, a la vez que daba palmadas con cada movimiento.

–Os veo luego –dijo, aplastando su cigarrillo en el suelo–. Que te diviertas, Jeffrey. Intenta no lesionarte.

–Gracias –contestó este mostrándole el pulgar hacia arriba mientras giraba los hombros adelante y atrás.

–No te olvides de pagar el alquiler esta semana, ¿vale, guapa? –dijo Cynthia sonriendo con labios apretados, la-deando la cabeza hacia Maeve–. La última vez te retrasaste un día y, aunque me gustaría hacer excepciones, eso no sería justo para los demás.

–Te lo haré llegar.

–Gracias, guapa.

Un par de chiquillos aparecieron corriendo y tuvieron que rodear a Jeffrey, que a punto estuvo de golpearlos en la cara, mientras contaba sus saltos de estrella. Perdió el equilibrio cuando le rozaron al pasar y tropezó, mientras la cinta de su cabeza se deslizaba sobre sus ojos.

–¡Oye! –les gritó cuando estos se alejaron corriendo, muertos de risa, y él volvía a colocarse la cinta sobre la frente–. ¡Mirad por dónde vais!

–Recuerdo cuando tú tenías esa edad –dijo Cynthia a Maeve con un prolongado suspiro–. Siempre andabas metiéndote en líos, igual que tu hermano. No había nadie

que os vigilara por aquel entonces, con tu madre inmersa en todos sus problemas. ¿Cómo está tu hermano, por cierto? ¿Está bien?

–Genial, gracias. Sí, de hecho está muy bien.

–Ah, me alegra oírlo.

Maeve señaló torpemente hacia su puerta.

–Más vale que vuelva a mi lectura.

–Sí, es una bonita historia con ese descarado y pequeño moscón.

Jeffrey de pronto dejó de moverse.

–¿Qué moscón? No habrá entrado en la caravana, ¿verdad?

–No hay ningún moscón, Jeffrey –replicó Cynthia entornando los ojos hacia él con hastío–. Me refiero a que hay un pequeño y descarado acosador en el libro que está leyendo Maeve.

–Hasta luego –se despidió Maeve, haciendo un gesto con la mano.

–Hasta luego, guapa.

Al entrar de nuevo en su caravana, Maeve sonrió para sus adentros cuando oyó a Cynthia susurrar «Gilipollas» dirigido a su marido, justo antes de que cerrara la puerta.

Se sacó el móvil del bolsillo para comprobar los mensajes, y sintió una pizca de desilusión al no ver ninguno. Había mentido a Cynthia sobre su hermano, Sean. Llevaba bastante tiempo sin saber nada de él, y cada vez que comprobaba su teléfono, confiaba en que, por algún milagro, aparecería algún mensaje suyo haciéndole saber que se encontraba bien o diciéndole dónde estaba. Suponía que a estas alturas ya tendría que haberse acostumbrado. Que el idiota de su hermano desapareciera durante meses no era, precisamente, ninguna novedad. Y no es que ella no pudiera cuidar de sí misma.

Pero lo echaba de menos.

Daba igual. Al volver a guardar el móvil en su bolsillo, sus ojos se posaron sobre la mesa donde se encontraba el

formulario de solicitud que había rellenado la noche anterior. Se quedó ahí un momento, hasta que una voz en su cabeza dijo: ¡Que lo jodan!

Se dirigió con paso firme a su habitación, agarró su bolsita de maquillaje y comprobó su reflejo en el espejo. Al repasar el kohl negro de sus ojos, pensó en el cartel que había visto en el escaparate de la librería: *Se busca dependienta a tiempo parcial. Solicitudes en el interior.*

Ayer, cuando pasó por delante de la tienda con su amigo del instituto, Otis, tuvo que mirar dos veces el anuncio y detenerse en seco para leerlo apropiadamente. Su corazón empezó a latir desbocado. Había supuesto que si tenía que buscarse un curro de verano, acabaría empleada en algún centro comercial en un puesto de batidos o de gofres, y no había considerado siquiera la posibilidad de un trabajo haciendo algo con lo que realmente disfrutara. Algo por lo que sintiera pasión.

–Maeve, no puedes pararte de pronto, así como así – protestó Otis, regresando apresuradamente a su lado mientras ella contemplaba el anuncio, extasiada–. He seguido andando y hablando, y he estado a punto de estamparme con la farola cuando me he dado la vuelta para ver dónde estabas.

Cuando ella empezó a morderse la uña del pulgar sin siquiera mirarlo para responder, él se tomó un momento para leer el anuncio.

–¿Por qué no lo pides? ¡Lo harías genial! –dijo con entusiasmo.

–No digas gilipolleces.

–Venga, entremos. Puedes rellenar una solicitud.

–No puedo.

Los ojos de Maeve se clavaron en el suelo, antes de agitar la cabeza y empezar a caminar por la calle. Para cuando Otis logró alcanzarla, ya se había alejado un buen trecho.

—¿Por qué no? —insistió Otis—. ¿Por qué no puedes solicitar ese empleo?

—Porque no creo que quieran a alguien como yo trabajando en esa librería.

—¿Te refieres a alguien superlista y buena con los libros?

La comisura de sus labios se torció en una sonrisa.

—¿Buena con los libros?

—Bueno, vale —dijo, poniendo los ojos en blanco y hundiendo las manos en sus bolsillos—. En cuanto lo he dicho me he dado cuenta de que sonaba un poco raro. Pero entiendes lo que digo, ¿no? Mira, creo que deberías solicitarlo. Podrías pasarte el día hablando a los clientes sobre la brillante literatura feminista. Es tu trabajo soñado.

—No van a quererme, Otis.

—¿Por qué no?

—Porque... —alzó las manos al aire con desesperación— ¡mírame! No soy la clase de persona que aterriza en un bonito trabajo en una librería. Llevo un anillo en la nariz y el pelo teñido.

—Ah, vale, lo siento. No me había dado cuenta de que estuvieras solicitando trabajo en los cincuenta.

Maeve suspiró antes de apretar los labios con terquedad.

—Al menos deberías pensártelo. —La animó Otis, dándole un codazo en el brazo—. Y quizá solicitarlo mañana.

—Vale.

—Bien. —Y le pasó una hoja doblada que sacó de su bolsillo—. Aquí tienes la solicitud.

—¿Qué cojones...?

—Entré y cogí una hoja del mostrador. Es un sitio muy agradable. Huele a... libros.

—Es una librería, Otis.

Continuó sosteniendo el formulario frente a ella, agitando en sus narices hasta que finalmente lo cogió, frunciendo el ceño ante su gesto engreído.

–Eres insoportable.

–No, soy alentador. ¿Sabes quién es insoportable? Mi madre. Ha empezado con su taller sobre la vagina esta mañana a las ocho y me hizo preparar té para todo el mundo.

Mientras Otis se lanzaba a echar pestes sobre Jean, su madre terapeuta sexual, Maeve se encontró riéndose a carcajadas, y su humor mejoró inmediatamente. Tras despedirse de él ayer por la tarde, había vuelto a casa, se había sentado y había rellenado el formulario, extrañamente esperanzada.

Ahora, al repasar su lápiz de ojos en la caravana, comprendió que había estado sonriendo ausente mientras pensaba en el día de ayer con Otis.

Hubo un tiempo en el que Maeve pensó que le gustaba Otis. ¡Que le gustaba de verdad! Y sí, hubo momentos en los que realmente se planteó decirle qué sentía. Cómo él le hacía sentir. Pero era complicado, y muy arriesgado. Si algo salía mal, si estropeaba las cosas como solía hacer, y perdía a Otis...

El caso es que no merecía la pena arriesgarse. Eran amigos. Buenos amigos. La cosa funcionaba bien así. ¡Y quién sabe qué sentía él por ella ahora! Había pasado página, de eso estaba segura.

Ambos lo habían hecho, ¿no?

Rechazó rápidamente la idea y dejó su lápiz delineador a un lado, buscando la barra de labios. Comprobó su aspecto: un top rojo oscuro, una minifalda negra, medias de rejilla y botas negras de cordones con cuña. Era un día caluroso, pero cogió su chaqueta de cuero y se la puso de todas formas.

Comprobó su reflejo una última vez, atrapó su móvil y mandó un mensaje a Otis.

El teléfono vibró en respuesta casi inmediatamente.

¿Qué curro?

El de la librería,
capullo.

Estaba bromeando.
Eso es genial.
¿Quieres que te acompañe?

Si quieres...

Dame veinte minutos.
Te recojo en tu casa.

Dejaré mi bici allí
y podremos ir andando juntos al pueblo.

Maeve sonrió, dejando su teléfono en la mesa, y se acercó a encender la hervidora mientras esperaba a que llegase. Jugueteeó con su collar y se imaginó entrando en la librería y entregando su solicitud. El bolso olvidado en el sofá captó su atención. Necesitaba comprobar el contenido de su cartera. Puso una mueca y reunió fuerzas mientras la cogía e intentaba recordar cuánto dinero había dentro.

Al abrirla, suspiró con alivio. Había suficiente para pagar el alquiler. Si iba a tener que pagar las próximas facturas, necesitaría buscarse un curro. Últimamente no es que estuviera consiguiendo dinero extra, ahora que las clases

habían terminado y la consulta sexual estaba en punto muerto.

Llevar el consultorio secreto con Otis para atender los problemas de sus compañeros de insti había sido una idea brillante, se recordó a sí misma. Ella se encargaba de gestionar la parte económica, las citas y los cobros, y él hacía aquello que se le daba tan bien: ofrecer consejos sobre sexo y relaciones amorosas. Tenía un don, un talento natural para la terapia. Era como si, al vivir al lado de su madre, se hubiera empapado de todo su lenguaje y de sus habilidades terapéuticas. Y resultó que sus compañeros del insti realmente necesitaban ayuda. La consulta había sido un gran éxito.

Pero ahora mismo no estaba en funcionamiento, así que tendría que buscar un trabajo de verano.

Maeve dio un respingo cuando su móvil empezó a vibrar sobre la mesa, sacándola de su ensoñación sobre la librería. Probablemente sería Otis para decirle que no podía acompañarla. Intentando no llevarse un chasco antes de tiempo, fue a contestar, pero no reconoció el número. Confusa, frunció el ceño, dudando si responder. Descolgó justo en el último momento.

—¿Hola?

—Hola, Cara-rana.

Inspiró hondo ante el sonido de la voz de su hermano.

Por fin.

—¿Dónde coño te has metido? —preguntó furiosa.

—¿Me has echado de menos?

—Te largaste sin decirme adiós —replicó—. Una vez más.

—Mira, sé que estás furiosa, pero necesito tu ayuda.

Cerró los ojos con el corazón encogido. La voz de Sean sonaba débil y cansada. Algo iba mal. De lo contrario, no se habría molestado en llamarla.

—¿Ranita? —insistió él—. Vamos. Estoy en un lío. Háblame.

Ella le preguntó lentamente:

–¿Qué necesitas?

–Te necesito a ti.

–¿Qué quieres decir con que me necesitas?

–Necesito que vengas aquí y me ayudes a encontrar una solución –titubeó–. Me han arrestado.

–¿Que te han qué?

–Te juro que no he hecho nada malo. Lo juro, Maeve. Se han equivocado. Creen que he robado un collar de diamantes. Yo estaba viendo a una chica y... Mira, yo no lo he hecho, ¿vale? Necesito tu ayuda para demostrarlo.

–¿Me llamas desde la cárcel?

–No, me han retenido veinticuatro horas y me han soltado bajo fianza. Estoy en casa de un amigo en la ciudad. La policía apareció con una orden para registrar su casa mientras yo estaba detenido, pero no han encontrado nada, porque yo no me lo he llevado, aunque sé que están deseando cargarme el muerto. Solo es cuestión de tiempo antes de que vuelvan a por mí.

–Un collar de diamantes –repitió Maeve, paseando de un lado a otro de la habitación y tratando de no entrar en pánico–. ¿Te refieres a diamantes de verdad?

–Sí. Deberías verlo. Vale un montón de pasta.

–Esto suena a una broma de mal gusto.

–No lo es.

–¿Y por qué piensan que lo tienes tú?

–Es complicado, pero lo importante es que sepas que yo no lo he hecho. Necesito que vengas aquí y me ayudes a demostrarlo.

–¿Y qué mierda voy a poder hacer yo al respecto? ¡Joder, Sean! ¡Esto es un marronazo!

–Sí, por eso te he llamado. Ya sabes que tú eres la lista de la casa. Aquí nadie está de mi lado. Ni siquiera están intentando buscar a otro sospechoso, pero si consiguiéramos descubrir quién se lo ha llevado, entonces ya no estaría en su punto de mira. No tengo a nadie más a quien pe-

dírselo. Por favor, ¿vendrás aquí y me ayudarás a descubrirlo?

Maeve hizo una pausa, su cerebro bullía con toda la información, intentando decidir qué era lo que debía hacer.

–Por favor, Cara-rana –suplicó Sean, y añadió esperanzado–: Si vienes, te haré tortitas de caras sonrientes y nata montada.

–No creo que sea momento para tortitas, Sean.

–Uf, siempre es tiempo para tortitas. –Se rio. Y después de un momento, habló de nuevo, aunque esta vez su tono era diferente, más serio y asustado–: Por favor, necesito tu ayuda. Esta gente es muy poderosa. Creo que me he metido en un buen lío. Y si no salgo de esta, no podré hacerlo nunca. No tengo a nadie más.

Maeve se mordió el labio inferior.

–Está bien.

–¿Vendrás?

–Sí.

–Gracias. –Soltó un suspiro que sonó muy aliviado–. Me has dado esperanzas, Cara-rana. Sé que si alguien es capaz de solucionar esto, esa eres tú.

–¿Cómo puedo localizarte?

–Te mandaré un mensaje con la dirección. Quizá debas preparar equipaje para varios días. Es un viaje largo. ¿Conoces alguien a quien le puedas pedir prestado un coche?

–Ya se me ocurrirá algo.

Volvió a darle las gracias, prometiéndole que la compensaría por todo, y colgó. Sin perder un momento, Maeve mandó un mensaje a Aimee, la única amiga en la que pudo pensar que tuviera coche, y le preguntó si podría ir a su casa un momento. Mientras esperaba su respuesta, vio la solicitud de trabajo de la librería descansando en la mesa. La deslizó suavemente hacia ella, mirando de reojo lo que había escrito. Su móvil vibró con un mensaje de Aimee.

Maeve agarró el formulario, lo arrugó hasta hacer una bola y lo dejó caer sobre la mesa.
Tenía que hacer el equipaje.

DOS

–Oye, ¿a dónde vas?

Maeve giró la llave en la cerradura de la puerta de su caravana antes de darse la vuelta y ver a Otis empujando la bicicleta hacia ella con expresión confusa. Se alegró de que Jeffrey se hubiera cansado de practicar zumba y que ni él ni Cynthia estuvieran merodeando por ahí fuera.

–No creo que haga falta que te quedes a dormir a las puertas de la librería para demostrar tu dedicación –continuó Otis, mirando sospechosamente la bolsa de viaje que colgaba de su hombro.

–Cambio de planes –replicó ella con sencillez, descendiendo los dos escalones–. Lo siento, debería haberte mandado un mensaje. Tengo que irme.

–Está bien. ¿Irte a dónde? –preguntó, girando la bicicleta en sentido contrario para seguirla mientras caminaba.

–A casa de Aimee.

–¿Va a celebrar una noche de pijamas o algo así?

–No, ya no tenemos ocho años. Necesito pedirle prestado su coche.

–¿Por qué?

–Demasiadas preguntas, Otis.

–Pero no demasiadas respuestas, Maeve.

Ella lo ignoró y continuó andando.

–Oye, venga –insistió, con el casco moviéndose en su cabeza mientras se apresuraba para alcanzarla–. ¿Qué es lo que pasa?

Estiró el brazo para tocarla y ella se volvió y lo miró. Otis aprovechó para desabrocharse el casco y quitárselo.